

## EUCARISTÍA CELEBRADA DURANTE SU VISITA A TAMPA

Tampa, Florida, 3-4 de febrero de 1996

Queridos hermanos:

Tomando pie en la 1ª Carta del apóstol San Pablo a los Corintios, que hemos meditado en esta celebración dominical, quiero decirles que vengo a ustedes a «comunicarles el testimonio de Dios... no con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca me precié... de saber cosa alguna sino a Jesucristo, y este crucificado», de modo que «mi palabra sea en la manifestación y el poder del Espíritu».

El apóstol San Pablo pone en este texto la base de toda predicación cristiana: por uno u otro lado siempre aparecerá, en boca del apóstol, del predicador del Evangelio, la Cruz, que es escándalo para unos y locura para otros, pero que, para los que creemos en Cristo, es vida y salvación.

Me dirijo, pues, a ustedes, queridos hermanos cubanos, latinoamericanos y norteamericanos, con el mensaje perenne de Jesús y la sabiduría desconcertante de la Cruz del Señor. Como sacerdote, como obispo, no tengo nada más y nada menos que ofrecer.

La Iglesia nos propone hoy la lectura evangélica en la cual se nos recuerda que somos sal de la tierra y luz del mundo. Esta palabra los invita a ustedes, del mismo modo que lo hace a los católicos de mi Arquidiócesis en Cuba y a todos los cristianos del mundo, a ser portadores de luz y esperanza para sus hermanos; grande es la misión que Jesús pone ante nosotros; como la sal debemos darle sabor a esta tierra nuestra; como la luz, iluminar las tinieblas del error y del pecado con una claridad que sane y purifique.

No hay dudas que debemos dar respuesta a esta palabra exigente de Jesús; pero cada seguidor de Cristo y cada comunidad cristiana tiene que cuestionarse sobre el modo apropiado de responder a ese deseo del Señor en cada sitio y en cada momento de la historia. ¿Cómo cumplir con el programa de Jesús de ser sal y luz aquí en Tampa, en Estados Unidos? ¿Cómo cumplirlo en Cuba, en mi Arquidiócesis de La Habana?

Comprometedor y riesgoso este cometido; porque, según el profeta Isaías, «*tu luz romperá como la aurora*» si practicas de veras el amor y la justicia. «*Si partes tu pan con el hambriento, si hospedas a los pobres sin techo, si vistes al que va desnudo y no te cierras a tus semejantes.*» Si haces todo esto, «*clamarás al Señor y Él te responderá, gritarás y te dirá: Aquí estoy*».

Serás así sal y luz, no por lo que expliquen tus labios, sino por las obras concretas que realices, impulsado por el amor. Ser luz no es brillar, es aportar claridad y color a la vida y no hay luz sin desgaste de energía, no se puede alumbrar sin consumirse en cierto modo. Por eso les hablaba de sacrificio y de Cruz.

Cuando éramos jóvenes de la Acción Católica cubana, estas palabras del Evangelio se convirtieron en lema para todos nosotros: «*Ustedes son la sal de la tierra, ustedes son la luz del mundo*».

¡Cuántos frutos dio aquella Juventud de Acción Católica en nuestra Patria! Un laicado de buena formación cristiana y humana, muy unido a sus obispos y sacerdotes, fue la herencia de la Acción Católica a la Iglesia en Cuba y de esas riquezas nos hemos beneficiado hasta hoy en la Iglesia cubana.

El laicado católico cubano guarda algunas características de fidelidad, de sacrificio en su entrega al apostolado, que le han permitido a la Iglesia en nuestra nación, no solo subsistir en condiciones adversas, sino desarrollarse y crecer.

También hallamos la huella de aquel serio compromiso laical en los cubanos que salieron de nuestra isla y vinieron a asentarse en otras tierras. Sin embargo, tanto aquí como en Cuba, ¿tendrán las nuevas generaciones de jóvenes, tan presentes y activos en la Iglesia de nuestra nación, la misma posibilidad y capacidad de acceder a un compromiso serio con la Iglesia y con el mundo?, ¿los jóvenes de origen cubano o latinoamericano, al vivir en estas tierras de mayor abundancia, con gran desarrollo técnico, cómo se plantean el desafío de dar sabor a este mundo y de iluminarlo con la luz de Cristo?

Algunos creen que las dificultades ayudan a desarrollar actitudes de mayor compromiso y entrega personal. En este sentido, San Agustín decía: «*temo por la Iglesia en tiempos de tranquilidad*».

Pero las dificultades prolongadas o excesivas no favorecen tampoco la vida de la Iglesia. En los primeros siglos del cristianismo, junto a los mártires, que eran siempre un número más reducido, se daba una Iglesia replegada, oculta o a veces dispersa, que no podía ejercer plenamente su misión.

Así lo hemos podido constatar a posteriori en los países de Europa del Este; ¡qué empobrecida y aun devastada quedó la vida eclesial en varias de esas naciones! Pero ¡qué pronto llegó el materialismo práctico a sustituir en aquellos países con el consumismo, la droga, la pornografía, al otro materialismo que se había esforzado por borrar aun la idea de Dios!

Creo que esta realidad histórica reciente nos ayuda a comprender la frase de San Agustín. Sus temores por la Iglesia en tiempos de paz y tranquilidad se deben al acomodamiento, a no saber los cristianos aprovechar esa tranquilidad para cumplir su misión insoslayable de transformar las estructuras de pecado del mundo, siendo sal y luz.

Siguiendo también al apóstol San Pablo, podemos afirmar que la lucha de la Iglesia no es contra los poderes de este mundo, sino contra las tinieblas del pecado y del mal y esa lucha no termina nunca y es universal.

Es sorprendente que países de larga tradición cristiana presenten en foros internacionales proposiciones inaceptables sobre el aborto o la eutanasia. Pero más doloroso resulta aún que haya cristianos tibios en apoyar los reclamos del Papa y de los obispos en defensa de la vida. Si la sal se vuelve insípida, ¿quién podrá devolverle su sabor?

Resalta así, queridos hermanos, que el mensaje de Cristo tendrá siempre y en todo lugar resonancias contrastantes con la realidad en que viven cotidianamente los hombres y mujeres en cualquier parte del mundo.

Ahora que en Cuba el ateísmo comienza a ser cosa del pasado y ya no se recurre a explicaciones pretendidamente científicas que excluían sistemáticamente a Dios de la vida de los hombres; nuevos desafíos se presentan a la Iglesia en la difusión del mensaje de Cristo.

Es cierto que hay sed de Dios y de valores espirituales; pero sigue siendo cierto lo que el Padre Varela tan sabiamente diagnosticó del cubano en su modo de ser: tenemos tendencia a la superficialidad. En las búsquedas de nuestros hermanos puede darse la respuesta fácil de lo que también el Padre Varela juzgó pernicioso para la auténtica fe religiosa, la superstición. Esta puede tomar las características de cultos afrocatólicos o espiritistas, algunos de ellos casi folclóricos, que resultan a menudo un espectáculo para los turistas. No dejan de presentarse también pequeños grupos religiosos, casi todos de origen norteamericano, que tienen poder económico para agasajar con regalos a quienes acuden a los cultos y se da por otra parte, en no pocos cristianos, una adhesión mediatizada a la Iglesia Católica: se frecuenta a veces la Iglesia, se usan símbolos religiosos, como crucifijos o medallas, se habla públicamente de la fe, pero la vida de muchos de estos hermanos no se presenta acorde con el credo que profesan.

Estos serán algunos de los temas que la Iglesia en Cuba se planteará en nuestra próxima reunión conmemorativa del Encuentro Eclesial Cubano. Al cumplirse diez años de aquel evento, miramos hacia el año 2000, hacia el tercer milenio de la era cristiana, y nos preguntamos cómo puede ser el cristiano sal y luz en medio de nuestro pueblo.

La tarea es inmensa, porque el hombre y la mujer de hoy en nuestro país no solo tienen inquietudes de orden espiritual, hay también escaseces y frustraciones.

La Iglesia, que ilumina las mentes de los hombres, con la verdad sobre Jesucristo, Luz del mundo, sabe que su misión es múltiple. Su acción, se despliega no solo en el ámbito de la expresión de la fe religiosa para que los hombres descubran al verdadero Dios y a nadie más le den culto; sino que la misma verdad sobre Cristo le aclara al ser humano quién es el hombre mismo, cuál es su dignidad intrínseca, cómo la persona vale por sí misma, por ser criatura de Dios y llevar en sí la semejanza del Creador y no por su dinero, su condición política o social, sus conocimientos o su inteligencia.

La Iglesia, al hablar del Dios verdadero que se nos manifestó en Jesucristo, presenta al mismo tiempo su visión del hombre, creado libre por Dios, constituido señor de la creación, que debe ser respetado y amado por sí mismo.

Su discurso sobre Dios no le ha acarreado históricamente a la Iglesia tantas penas y sufrimientos como su discurso sobre el hombre. Y, sin embargo, ambos deben ir juntos, porque Dios se hizo hombre en Jesucristo.

A esta dignidad y grandeza de la criatura humana, que se descubren desde los primeros capítulos del Génesis, el Hijo de Dios hecho hombre añade el mandamiento del amor: *«ámense unos a otros como yo los he amado»*.

Este amor no puede consistir solo en buenas palabras. Recordemos de nuevo la lectura del Profeta Isaías que hemos escuchado hoy: *«tu luz romperá como la aurora si partes tu pan con el hambriento, si hospedas a los pobres sin techo, si vistes al que va desnudo»*.

El amor tiene que concretarse en obras, y ¿cómo hacerlo cuando las necesidades son tantas?, ¿cómo cumplir con esa misión tan propia de la Iglesia, cuando se dificulta el establecer y hacer funcionar las estructuras mínimas necesarias para ejercer con criterios actualizados una auténtica solidaridad?

Como se ve la Cruz no se levanta en nuestro camino únicamente cuando Dios no es aceptado o es entorpecido el ejercicio del culto debido al Señor. La misión de la Iglesia, que es también la de rendir a Dios el homenaje de nuestra alabanza, anunciando el evangelio a toda criatura, es además profética: recuerda al hombre su dignidad, su condición de ser libre y sujeto de derechos y deberes y también promueve al ser humano más pobre y desvalido por medio de una caridad solidaria y servicial.

De esta triple misión no se puede dispensar la Iglesia en Cuba ni en ninguna parte del mundo. Evidentemente, tampoco se dispensa de ella la Iglesia en Tampa o en Estados Unidos. De otro modo dejaríamos al pueblo en sus carencias y desalientos y no se abrirían ante la humanidad caminos de esperanza.

Queridos hermanos de Tampa: desde que el Papa Juan Pablo II quiso dar a Cuba un Cardenal, recibí la invitación de esta Iglesia de Tampa para venir a visitarlos. Hubiera querido hacerlo el pasado año, cuando celebrábamos el centenario de la muerte de José Martí, el apóstol de nuestra independencia; porque Tampa está ligada de manera especial a Martí y a sus luchas por la libertad de Cuba. Sin embargo, el pasado año, el programa de visitas, dentro y fuera de Cuba, estaba muy cargado y no me resultó posible hasta ahora cumplir mi deseo y responder a vuestra invitación.

Créame que lo hago con gusto, a pesar de que algunos cubanos, hermanos nuestros, no quieren que el Cardenal cubano pueda convertirse en un símbolo de esperanza, en un factor de cohesión para nuestro pueblo. Esto ha sucedido dentro de Cuba; pero también en lugares donde reside un buen número de exiliados cubanos.

Como sacerdote, como cristiano, perdono de corazón la incomprensión de unos y de otros y aun su agresividad y a todos los considero hermanos. Estoy convencido, en Cristo Jesús, que este es el lenguaje que debe utilizarse porque es el que corresponde a nuestra fe cristiana; un lenguaje diferente, que deben oír nuestros hermanos cubanos de aquí y de Cuba.

Afortunadamente crece el pluralismo en Cuba y en el exilio. Ni en un lado ni en otro se puede decir hoy que todos los cubanos tengan, gracias a Dios, el mismo modo de pensar y de sentir. Yo me dirijo, en nombre de Jesucristo, a aquellos que piensan de un modo diferente en un lado y en otro y estoy persuadido de encontrar cada vez más quienes comprenden mis palabras y descubren en ellas el sentir de la Iglesia y el poder transformador del Evangelio.

Con esa palabra y en ese poder tienen también ustedes que dirigirse a sus hermanos. Se hace necesaria una gran valentía para vivir, y proclamar nuestra fe, no solo cuando la Iglesia es perseguida con métodos tradicionales, sino cuando sutil o abiertamente es atacada en sus ministros, o en sus planes pastorales o en las proposiciones que hace al hombre concreto y a la comunidad humana.

Pido a la Virgen Santísima de la Caridad, nuestra madre y patrona, que disponga los corazones de los cubanos, dondequiera que se encuentren, para acoger el mensaje de su hijo Jesucristo, que no es otro que el del amor.

Gracias, queridos hermanos, por su invitación a Tampa. El recorrido por tantos lugares cargados de significación histórica para un cubano, el afecto, el cariño de ustedes, la acogida fraterna de su nuevo obispo Mons. Robert Lynch y el reencuentro con viejos amigos han sido para mí motivo de alegría y de acción de gracias al Señor.

Esta acción de gracias se hace ahora Eucaristía, ofrenda de Cristo por todos ustedes, por sus intenciones, y por todo nuestro pueblo cubano, para que el Señor lo bendiga con la Paz. Así sea.